

Sobre John Updike y una novela poco comentada

La historia del decadente imperio norteamericano

“... en la apasionante -extenuada de puro ambiciosa- obra de John Updike, encontramos el recuento de aquellas pasiones, miserias, sueños, idealismos, mentiras y facturas que animaron a quienes vivieron las décadas doradas de América y siguieron por la pendiente de su lenta pero inexorable decadencia; o al menos eso pensaba el interesado, que pasó de retratar a un país ahído de sensaciones, aburrido en su opulencia, entregado a los juegos de azar en la cama y demás aventuras de alcoba y cannabis, a otro, postrimerías del siglo, acosado por la recesión inclemente y la estela con olor a cadáver del fundamentalismo islamista”¹

Por Demian Paredes

Una forma de conocer -en alguna medida- el surgimiento del *imperio norteamericano* (hablamos de las primeras décadas del siglo XX) puede ser a través de la lectura de las obras de Francis Scott Fitzgerald, John Dos Passos, William Faulkner y Ernest Hemingway, entre otros. Para la segunda mitad del siglo, la narrativa norteamericana también tiene reconocidos exponentes; nombremos algunos pocos “consagrados”: Gore Vidal, Norman Mailer, Don DeLillo, Philip Roth y, por supuesto, John Updike.

Este último, que acaba de fallecer a los 76 años, es un sólido escritor, seriamente documentado y de larga trayectoria en las letras y la cultura. Iniciado como joven coeditor de la prestigiosa *New Yorker* en los ‘60, Updike creó más de 50 títulos entre novelas, relatos –incluyendo cuentos para niños-, teatro, ensayos y poesías (que fueron publicadas por ejemplo en el *New York Review of Book*). Martin Amis comentó, en un texto tras la muerte de Updike, que éste “dijo que tenía cuatro estudios en su casa, así que nos lo podemos imaginar escribiendo un poema en uno de esos estudios antes del desayuno, después en otro escribiendo cien páginas de una novela, después a la tarde escribiendo un largo y brillante ensayo para el *New Yorker*, y después en el cuarto estudio bosquejando otro par de poemas. John Updike debe haber poseído más energía pura que cualquier escritor desde D. H. Lawrence (...) ha producido una obra enorme. Y es, sin duda, uno de los grandes novelistas norteamericanos del siglo XX”²; Y sin embargo en su abundante lista de los “libros que integran ‘el canon’”, el esteticista-aristócrata Harold Bloom sólo recomienda un libro de Updike, *Las brujas de Eastwick*³

Por su parte el escritor Rodrigo Fresán señaló que “Updike gozó de un privilegio del que sólo llegan a disfrutar muy pocos: el de que sus maestros llegaran a considerarlo un maestro, uno de ellos. John Cheever, Vladimir Nabokov y William Maxwell no escatimaron elogios a la hora de juzgar y celebrar, casi desde el principio, la obra de Updike”⁴.

Por supuesto que no fue el único en mostrar –entre tantas cosas- los *contrastes* y la *reciprocidad* que existe entre el “mundo social” y el “mundo íntimo” (o privado) de sus personajes –basta con pensar en el magistral Don DeLillo-; pero Updike fue *uno de los mejores retratistas de la sociedad norteamericana* en sus novelas, a lo largo de las décadas que se inician en medio del *boom* de la posguerra, la prosperidad y progreso “ininterrumpido” yanqui (con sus diversos vaivenes y crisis –sociales y personales⁵- posteriores),

¹ Julio Valdeón Blanco, “Uno de los grandes” (diario *El Mundo*, 21/1/09).

² Suplemento “Radar” (diario *Página/12*, 1/2/09). El escritor boliviano Edmundo Paz Soldan coincide con este juicio y escribe: “Updike estaba en todas partes; era una industria editorial de un solo hombre” (diario *La Tercera*, 28/1/2009).

³ Ver su provocador y polémico libro *El canon occidental*, Barcelona, Anagrama, 2002 (ed. original 1994), p. 571. De Vidal, Bloom recomienda dos libros; de Saul Bellow tres; de DeLillo cuatro; de Roth seis (pp. 569 y 570).

⁴ Rodrigo Fresán, “Updike en paz”, Suplemento “Radar” (diario *Página/12*, 1/2/09).

⁵ Esto último incluyó la vida, las costumbres de entonces y la moral de los matrimonios en *Parejas* –una de sus novelas más comentadas en todo el mundo, aparecida en 1968 y que vendió millones de ejemplares-. Temática similar hubo en *Vilages* (2004).

Gore Vidal comenta en sus memorias un episodio cuando era joven, en una reunión con periodistas y editores, este comentario de un editor alemán que dice que en su país “(...) Piensan que Estados Unidos es un monolito capitalista en el que todo el mundo escribe como John Updike, apoyando la sociedad de consumo”; a lo que Vidal contesta “-Y al imperio (...) Para ser

y la creciente reacción política, económica y social de los '80 en adelante⁶. No casualmente su última novela publicada en vida fue *Terrorista*, un trabajo –muy discutido en los suplementos literarios y culturales- que él mismo reconoció fue “madurando” varios años desde los ataques del 11 de septiembre de 2001⁷.

Updike fue entonces un gran retratista de las costumbres de la clase media norteamericana, algo sin dudas reconocido en los innumerables artículos aparecidos recientemente. Sin embargo, al momento de su muerte su actualidad como escritor puede verse renovada por *la clara continuidad* de la *decadencia del imperialismo estadounidense* –que Updike fue reseñando en cada trabajo suyo a lo largo de más de cuatro décadas-; la cual supo configurar, *grosso modo*, en sus dimensiones políticas, culturales y hasta intelectuales. Trataremos de precisar este señalamiento sirviéndonos de una novela poco comentada. Si bien ha sido nombrada en algunos artículos que dan cuenta de la trayectoria de Updike, suele dejársela de lado, al hablar centralmente de su intento de crear “la gran novela (norte)americana” con la tetralogía sobre Harry “Conejo” Angstrom –y que le valiera gran reconocimiento y dos premios Pulitzer-.

Hablamos de *Memorias de la administración Ford*⁸. Puede ser este un buen ejemplo de su trabajo como cronista de lo mucho que aconteció en vasto territorio del imperialismo norteamericano las últimas décadas. De hecho, con esta novela puede tomarse a la presidencia del republicano Ford como un *punto de inflexión*, o un *momento-bisagra* entre la crisis económica, política y militar del imperialismo, y su posterior *ofensiva reaganiana* –pasada la inestabilidad y el *interregno* del demócrata Carter-.

Padre, marido, una época

Para comprender a Updike, hay que partir del criterio que él es uno de los escritores representantes WASP (blancos anglosajones protestantes): pero al mismo tiempo irónico con el mismo sector social al que pertenece. La crudeza de las descripciones del “modo de vida” de la clase media norteamericana lo

justos con Updike, añado (...) -Es muy radical con el tema del adulterio” (Gore Vidal, *Una memoria*, Barcelona, Mondadori, 1999 –ed. original 1995-, p. 212). Vidal, otro escritor “consagrado” y adicto a los chismes y escándalos, opina que “escritores como Kerouac y Burroughs no eran muy diferentes de autores convencionales como Philip Roth y John Updike” (ídem., p. 480).

⁶ “Updike es un novelista del mundo doméstico urbano (aunque el mundo materno de la tierra y la infancia de su Pennsylvania natal sea el eje de la admirable *De la finca*, por ejemplo) pero siempre con una suerte de conciencia histórica que no le abandona y, atravesando todo ello, la sensación de desmoronamiento que esa segunda mitad del siglo va poco a poco extendiendo sobre América” (José María Guelbenzú, “Adiós a un coloso de las letras estadounidenses. Una extraña dulzura”, diario *El País*, 28/1/09).

⁷ Ver *Terrorista* (Barcelona, Tusquets, 2007, ed. original 2006). Allí hay nuevamente descripciones de la desindustrialización: “La ciudad fue bautizada con el nombre de New Prospect (...). El río que discurría por ella (...) había de atraer a la industria (...) y, en efecto, así fue tras varias quiebras (...): fábricas de tejidos, talleres de tintado de seda, curtidurías, fábricas de locomotoras, de automóviles, y de cables que debían sostener los grandes puentes que se tendían sobre ríos y puertos en la región del Atlántico medio. En el paso del siglo XIX al XX se produjeron huelgas largas y bañadas en sangre; la economía ya no recuperó el optimismo que había ayudado a los venidos de Europa oriental, del Mediterráneo y de Oriente Próximo a soportar jornadas de trabajo agotador, venenoso, ensordecedor y monótono, en turnos de catorce horas. Las fábricas se desplazaron al sur y al oeste, donde la mano de obra es más barata y fácil de amedrentar...” (pp. 19 y 20); además de crudos contrapuntos entre los personajes sobre las diferentes visiones políticas, religiosas y sociales: la liberal-consumista norteamericana, y la ortodoxa que sigue al Corán. Por ejemplo, ante la observación del joven Ahmad acerca de la que televisión no fomenta “pensamientos puros”, Charlie contesta: “Despierta: no la han inventado para eso. La mayor parte de lo que dan es basura para rellenar el tiempo que queda entre anuncios. Me gustaría dedicarme a eso, si no tuviera que mantener a flote el negocio de papá (...). Me encantaría hacer anuncios. Planificar, unir los elementos: dirección, reparto, estudios, guión... porque tiene que haber un guión. Y después aporrear con ellos a todo hijo de vecino, en toda la jeta, para que nunca más vuelva a pensar. Dejándole bien claro qué necesita, las cosas sin las que no podrá vivir. ¿Qué más nos dan estos magnates de los medios? Las noticias son para los lloricas (...). Y si no, pura propaganda. Bush se queja de que Putin se está convirtiendo en un nuevo Stalin, pero nosotros somos peores de lo que el viejo Kremlin jamás fue, ni en sus mejores tiempos. Los comunistas sólo querían lavarte el cerebro. Los nuevos poderes fácticos, las corporaciones internacionales, directamente quieren quitártelo. Quieren volvernos máquinas consumistas (...). Todo el entretenimiento, campeón, es basura, la misma basura que tuvo a las masas como zombis durante la Gran Depresión, sólo que entonces te ponías a la cola y pagabas un cuarto de dólar por ver una peli, mientras que hoy te la dan gratis, porque los anunciantes pagan millones por minuto para tener la oportunidad de meterse en nuestras cabezas” (pp. 186 y 187).

⁸ Barcelona, Tusquets, 1993 (ed. original 1992). Todas las citas pertenecen a esta edición.

posicionan como una suerte de “elegante agujón” para los yanquis. Y esto, entre otras cosas, es lo que se narra en *Memorias de la administración Ford*.

Esta historia está protagonizada por Alfred Clayton, profesor universitario, quien recibe un pedido de una asociación de historiadores (la NNEAAH y la revista *Retrospect*): relatar sus memorias e impresiones del período Ford. Pero el escrito de Alfred se transformará una suerte de “*compendio vital*”, donde se entrelazan el período del presidente James Buchanan (1857-1860) –una frustrada investigación para un libro de Alfred-, sus vivencias personales –la separación de su mujer hijos, y el inicio de una nueva relación-, y los propios recuerdos de la época en cuestión.

Alfred cuenta:

“... aunque corría 1974, nosotros no habíamos creado sus libertades, sino que habíamos sido llevados a ellas a través del pudor y los tabúes de épocas anteriores. Incluso los finales de los sesenta albergaban cierta inocencia, un grito forzado de *oh-Barbarella*, desgajando orgasmos como pétalos de una margarita, inocencia de la que carecía la profundamente experimentada era Ford. Cada época contiene, en las personalidades de sus ciudadanos y en sus vidas, una absorción de previas fronteras sociales, y a la vez un agotamiento de la energía que impulsó recientes rupturas y desafíos. Los estudiantes universitarios, de vuelta ya de la revolución y el *dharma*, tenían miedo de no encontrar un sitio en medio de la depresión económica, y de que les pegaran un tiro en protestas inútiles como la de Kent State. Los hippies de finales de los años cincuenta eran ahora curtidos carpinteros y granjeras, cargados de hijos y empapados en LSD, escondidos en rincones de un ficticio Estados Unidos rural”⁹. En este contexto, realizado con pinceladas rápidas, *a trazo grueso*, Alfred vivió.

Separado de su esposa, comienza una nueva relación. Con Genevieve en un hotel, esta grita y maltrata en una situación a una camarera, lo que lleva a que Alfred la analice y diga:

“Genevieve conocía el mundo, cómo funcionaba, y cumplía sus actividades, provocando recompensas y castigos en una escala calibrada por la tradición (...) El orden que ella crearía en mi vida dependía de la cosificación de la gente, reduciéndola a sus posibles usos (...)”. Y agrega de inmediato:

“Entretanto, se estaba muriendo Chu En-lai, y Paul Robeson y André Malraux, y Howard Hughes y Martín Heidegger, Ágata Christie y J. Paul Getty”¹⁰.

El relato no deja de referenciar la época –en este caso, a través de las personalidades más relevantes de la política y de la cultura-, lo que incluye también los cambios económicos con sus secuelas sociales: Alfred cuenta que para llegar a donde vive (un departamento de soltero/divorciado) hay que

“... cruzar el puente y dar con mi casa detrás de la vieja fábrica de zapatos –arruinada por la importaciones italianas y entregada por fracciones a pequeños equipos de electrotécnicos que abrigaban la esperanza de convertirse en la próxima Apple-, a menos de una manzana de la calle comercial más importante”¹¹.

Para el período Ford -y como recuerda Alfred-, ya había pasado el momento más álgido de *radicalización política*: el de enormes movilizaciones antiguerra y de otros sectores –como la minoría negra o sectores de la juventud universitaria que tomaban las universidades, con los directores como rehenes, y se enfrentaba con la policía y bomberos con *molotovs*-¹².

⁹ P. 20 y 21.

¹⁰ P. 142.

¹¹ P. 66.

¹² Dice el trabajo de una historiadora especializada “... a menudo se subestimó la oposición del sindicalismo a la Guerra de Vietnam. Los sindicatos de izquierda se unieron a las protestas en contra de la guerra ya en 1965. La Asamblea Nacional de los Líderes Sindicales por la Paz se formó unos meses antes que tuviese lugar la ofensiva de Tet, que hizo que muchos estadounidenses cambiasen de opinión sobre la intervención de los EE.UU. en el Sureste de Asia” (María Graciela Abarca, *El fin de la ilusión. Los trabajadores estadounidenses en la era de Vietnam*, Bs. As., Imago Mundi, 2005, p. 226).

Por su parte, con veintipocos años, el inglés Martin Amis debutaba en 1973 con *El libro de Rachel*. Allí hizo referencia a la guerra contra Vietnam. Le hace decir a un personaje en una charla familiar entre padres e hijos sobre Estados Unidos: “-No van a aguantar mucho tiempo más (...). Nixon está cubierto de mierda hasta aquí –señaló con la mano hasta el cuello. Sopló su té. (...). -Tarde o temprano los estudiantes y los Black Panthers se unirán, y entonces... -sacudió la cabeza” (*El libro de Rachel*, Barcelona, Anagrama, 2005, p. 121).

Pasado esto, llega un momento de *calma*, donde primará una “contracultura progresista-liberal” y el repliegue individual. Alfred relata el presente y señala las “diferencias de época” con períodos previos: “Todo estaba sobre la mesa, todos los tabúes rotos, y todavía Dios seguía de espaldas, negándose a poner límites. Habían matado a un presidente, se había perdido una guerra, nuestro imperio era considerado perverso, la celestial consideración de un país favorecido se había revocado, había escapado el aire de nuestro globo de los desfiles, y seguíamos avanzando a tropezones, igual que en 1865, con pasos errantes y lentos, así como, tras salir del Edén, continuamos nuestro camino solitario. (...) ninguno de los menores de cuarenta recordábamos la simple desesperación de la Depresión, cuando no sólo los jóvenes rebeldes, sino los trabajadores sin trabajo, creían que el sistema era el enemigo y que el comunismo podía salvarnos. Un compañero historiador dijo que la nuestra era una cultura de narcisismo. Cuando el padre sale de la habitación, los espejos de la pared empiezan a fijar la mirada. La era Ford fue una época de decepción posapocalíptica, de aterradora permisividad”¹³.

Economía, política y teorías (“importadas”)

Alfred habla así, con mucho “espíritu”, de su Estado, New Hampshire:

“... tras haber dado en otros tiempos energía y purificado unas cuantas fábricas hacia el norte, ahora era libre de verter sus aguas inútilmente en el mar. ‘Vive en libertad o muere’ es nuestro lema; impuestos bajos, nuestra jactancia. Somos el cuarto estado más industrializado de la Unión. Aunque no tan macabras como las de Maine, tenemos nuestras bolsas de pobreza rural y tristes arrebatos de asesinatos por motivos sexuales. Nuestras autopistas poseen un honrado aspecto lastimoso...”¹⁴.

Y agrega que

“En la era Ford, el temor supersticioso a los abogados y agentes de bolsa como fuentes potenciales de ruina financiera aún no había sido suplantado por el miedo a las quiebras bancarias y las facturas hospitalarias desorbitadas, como en la actual, en la era Bush (padre)”¹⁵.

La *reacción política e ideológica* que comienza a mediados/fines de las década del setenta, tras la derrota estrepitosa en Vietnam, se expresa en varios aspectos. Uno –que ya venía de antes- es el maccarthysmo, que surge en una charla con su hijo (tras la separación), donde Alfred trata de hablar con él ya que tiene bajas notas en el colegio. El hijo le comenta a Alfred:

“Las cosas que te hacen leer son aburridísimas, *Rebelión en la granja* y cosas parecidas, para enseñarnos lo malo que es el comunismo”¹⁶.

En ese marco de “guerra fría” Alfred cuenta su “luna de miel” con su nueva pareja, y además deja un *balance vital*:

“El último día nos apresuramos a comprar regalos de recuerdo para nuestros hijos, muñecos de trapo con I LOVE NY para sus hijas, burdas camisetas y bolas de cristal con la estatua de la Libertad, de esas en que cae la nieve, para mi trío de género mixto, estas últimas baratijas que me habían traído mis padres, cuando yo tenía cuatro años, de la Exposición Universal de 1939-1940. Se iluminaba, no sé cómo, una rampa curva en la que había mucha gente pequeña, en bajorrelieve, que se dirigía en tropel al futuro, que era ahora. No... que nunca ha sido. La guerra mundial, el holocausto, la guerra fría, los vertidos de petróleo, el hambre, la masacre, la matanza en serie, el hombre como la canalla del planeta: el cándido futuro que yo había visto en aquel destellante *souvenir*, con un helicóptero en cada garaje, nunca había llegado”¹⁷.

E incluso el ex marido de Genevieve –también docente universitario- expresa el “cambio de época”: mientras que Alfred encarna un historiador/docente “tradicional”, Brent es deconstruccionista. Así lo describe intelectual (y físicamente) Alfred:

“Brent, un individuo bastante simpático y de hablar rápido, con la fría y húmeda piel blanca de la rata de biblioteca, pelibeige y pelitiesco como una brocha de afeitar, me explicó que toda la historia radica

¹³ Pp. 195 y 196.

¹⁴ P. 219.

¹⁵ P. 219.

¹⁶ P. 122.

¹⁷ Pp. 135 y 136.

simplemente en los textos: no existe historia platónicamente ideal separada de los textos, y éstos son inevitablemente indefinidos, se contradicen a sí mismos, y están condenados a una terminante aporía”¹⁸. En una satirización (y crítica parcialmente correcta) del “giro lingüista” en la cultura norteamericana (siguiendo los cambios intelectuales europeos -y especialmente franceses con el posestructuralismo¹⁹-), Alfred pretende buscar justificar su embrollado trabajo que une memorias de vida, su truncada biografía de Buchanan y la época Ford para la asociación de historiadores:

“¿Entonces, por qué no mi texto, sumado a todo lo demás? Di un salto adelante. Empecé, diría, a saltar hacia delante, a superar mi errónea reverencia por lo factual cognoscible versus la suposición o la ficción, mi ilusoria distinción entre hechos y fantasías. Aquí, queridos miembros de la NNEAAH y editores de Retrospect, continuando mi fiel aunque prolongada respuesta a vuestra solicitud, va una parte de mi texto, compuesto bajo la benigna bóveda de la Administración Ford, y sin duda participando de algunas corrientes intelectuales de dicha Administración”²⁰.

Alfred de mofa con una amarga (auto)ironía: porque son las características intelectuales de Brent, en su relación con Europa, las de los propios Estados Unidos, en el terreno económico; comenta de Brent que la cerveza

“Löwenbrau era su favorita. Ideas francesas, bebida alemana, cualquier cosa con tal de que fuese importada. Imitaba a Derrida y conducía un Peugeot”; y agrega: “No es extraño que nos estuviésemos convirtiendo en una nación deudora”²¹.

Historia y economía en el siglo XIX

Dentro de la historia de la (de y re)construcción (malograda) de Alfred sobre el período Ford está, como dijimos, un relato del presidente James Buchanan, una época donde, como se dice al inicio de la novela, EE.UU. son unos “estados boscosos, donde la vida era simple, y dura, y seria, en tierras recién conquistadas a los salvajes pieles rojas y empapadas con su sangre, como demostraban todos los años las hojas al cambiar de color”²².

Updike, en la voz de Alfred, nos recuerda una situación de

“... pánico financiero, que deja al sur relativamente intacto seguro de sí y voceando ‘el algodón es el rey’, mientras en el norte deprimido los obreros hambrientos dicen ‘pan o sangre’, e industriales y republicanos exigen tarifas aduaneras más altas...”²³.

Este momento de tensión, que desembocaría en la guerra civil se dio

“Sobre el telón de fondo de la desunión nacional y la inminente guerra fratricida, culminando décadas de creciente tensión regional por la subyacente cuestión moral de si esta sociedad debía o no seguir incluyendo y protegiendo la esclavitud negra en su seno (...).

Estos detalles económicos, aunque nos recuerdan que nuestro Destino Revelado tenía una trastienda financiera temblorosa y muy amplia, y que el beneficio principal es el principal motor estadounidense, son un considerable quebradero de cabeza para los no marxistas como yo mismo”²⁴, admite Alfred.

Si la ideología WASP incluye un *nacionalismo yanqui* (liberal en lo económico, conservador en lo social, que se remonta al siglo XVIII), que desprecia al resto de los inmigrantes que viven en Estados Unidos, todos los planteos –directos e indirectos- de Updike en esa dirección en sus ficciones, se tuvieron que ir matizando por la fuerza, cada vez más, a medida que cambiaba la propia sociedad norteamericana. Por

¹⁸ P. 33.

¹⁹ Desde el marxismo, el libro de Perry Anderson *Tras las huellas del materialismo histórico* hace una buena y clara síntesis de del pasaje del estructuralismo al posestructuralismo en los años 1960/70, en Francia especialmente.

²⁰ Pp. 33 y 34.

²¹ P. 122

²² P. 43. Dice Alfred luego: “Por elección, los estadounidenses no somos los gozosos y armónicos sirvientes de un rey que es el representante terrenal de Dios, pues conformamos un contencioso de voluntades libres e intereses egoístas, sueltos en un yermo para sobrevivir o fracasar” (p. 150).

²³ P. 236.

²⁴ P. 241.

ello, cuando se le preguntó no hace mucho si se consideraba representante “del alma” de los norteamericanos WASP, contestó:

“Hasta 1900 todos los escritores norteamericanos eran wasp. Después, en el siglo XX, nos convertimos en uno de los tantos grupos étnicos y hoy, aunque estamos muy lejos de habernos extinguido, casi ninguno de nosotros elige la carrera de escritor. Yo mismo crecí en la era dominada por los autores judíos metropolitanos, Bellow, Malamud, Roth, Mailer, y recuerdo haberme sentido siempre como un marginal, como un jugador de basket blanco en un equipo de negros. Ahora estamos en la fase posjudía de la literatura norteamericana, en la que hispanos, negros, italianos, indígenas y asiáticos tienen igual peso y voz”²⁵ (más abajo volveremos sobre estas ideas de Updike).

El balance y el futuro (con un presente que estalló)

En una suerte de balance “agridulce” Alfred comenta del período Ford, que el presidente:

“... nos dijo cosas que no queríamos oír: debíamos bajar los termostatos y poner la otra mejilla a los iraníes. Nuestros corazones estaban cargados de lujuria, padecíamos una *malaise* (...). Por lo que sé, Ford estaba haciendo todo bien: recuperó el Mayagüez de manos de los camboyanos, evacuó de Vietnam al personal y lapas (...) de nuestra embajada, fue a Helsinki a encontrarse con Breznev y firmar algunos acuerdos pacíficos, ganó lentamente la batalla de la inflación y la recesión, restableció la confianza en la presidencia, y perdonó a Nixon, lo que salvó al país de un montón de recriminaciones y gastos legales. Por lo que sé, era perfecto, lo que no puede decirse de ningún otro presidente desde James Monroe”²⁶. Sin embargo todo esto no alcanzó, y Carter ganó el siguiente mandato presidencial. Recién luego de esta administración demócrata -en alguna medida, tan ambivalente como la del republicano Ford-, llegaría una sucesión de republicanos que atacarían a fondo a los trabajadores y a otros sectores (además de tener una clara política exterior agresiva). La *desregulación económica* (con *relocalizaciones* geográficas del capital, etc.), es decir, el inicio del *neoliberalismo*, queda esbozado en muchas líneas y pasajes de Updike²⁷.

Hacia el final de la novela –recordemos, escrita a inicios de 1990- vemos cómo en los comentarios de Alfred se *vislumbra el futuro* (apoyado en los datos y fenómenos que percibe las décadas previas). Dice de su hija:

“En cuanto a Daphne, supongo que es feliz en su segundo matrimonio, aunque con la gente que vive en Nueva York es difícil saberlo: el alto nivel de energía que deben mantener actúa como una máscara. Geoff, su marido, trabaja en Wall Street, o cerca, entre un panel de secretarías y una pantalla de ordenador, calculando cómo ordeñar con más lucro todavía a la tambaleante y vieja vaca del capitalismo estadounidense. Parece que yo soy lo bastante liberal como para no simpatizar con estos hombres del dólar que han convertido la disposición de Roosevelt a endeudarse en una emergencia nacional, medio siglo después, en un juego, el juego de la deuda, un chanchullo de números”²⁸. ¿Y no fue esto lo que ocurrió para fines de los '90, cuando las “burbujas” especulativas (ese “chanchullo de números”) se fueron “pinchando” en Estados Unidos? Primero fueron las “high tech” (o “punto com”): la quiebra de Enron y World Com; luego el mercado inmobiliario y, actualmente, una crisis económica de magnitud, de características históricas sólo comparables a las de las crisis de los años 1930 y 1970.

²⁵ Entrevista de Alessandra Farkas (reproducido en diario *La Nación*, 17/8/03). Allí dijo Updike: “Nosotros, protestantes noreuropeos, tuvimos nuestro largo y próspero reino y ahora es hermoso saber que los principios de los padres fundadores sirven para satisfacer los deseos de todas las razas y las religiones”.

²⁶ P. 277.

²⁷ Dice el trabajo ya citado de la historiadora: “Después de la recesión de 1973, la inflación y la competencia extranjera afectaron los salarios de los trabajadores y ocasionaron el cierre masivo de plantas. Tanto para los trabajadores del sector industrial como para los del sector administrativo, la década de 1980 resultó ser peor que la de 1970. El presidente Ronald Reagan introdujo una serie de políticas antisindicales agresivas y acusó a los trabajadores de ser egoístas por reclamar mejoras salariales. El gobierno aprobaba la puesta en práctica de métodos antisindicales tales como ‘reemplazar’ a los huelguistas, despedir a los trabajadores que estuvieran a favor de la sindicalización, cerrar las plantas sindicalizadas, transferir las fuentes de trabajo a otros emplazamientos y obstruir las elecciones sindicales” (María Graciela Abarca, ob. cit, p. 227).

²⁸ P. 284.

Updike no sólo nos retrató la vida de distintos sectores sociales norteamericanos, sino que además esbozó la *configuración político-económica* de los Estados Unidos con aguda ironía e inteligencia. Las tensiones que han estallado desde la economía –y que han llevado al nuevo presidente Barack Obama a reconocer que “*El sueño americano está siendo puesto a prueba por esta crisis*”- al conjunto de la sociedad, afectarán en especial para los sectores medios; sectores que fueron criticados en muchos aspectos por él.

El autor y sus ideas: sociales, políticas, artísticas

Para finalizar digamos que otra dimensión que se expresó en la obra de Updike es acerca de la situación de las mujeres; tema que fue expresándose a través de discusiones y movilizaciones en los '60 y '70. Su rol social, las relaciones -desde distintos planos- con los hombres, fueron temas tratados por él. Las problemáticas de las “minorías” (y de mayorías absolutas de población, como es el caso de las mujeres), junto con los cambios culturales e ideológicos -como ya mostramos con el caso del posestructuralismo-, fueron tocados en distintos libros en su momento; temas mantenidos hasta la actualidad. Hay entonces desde los '70 muchas discusiones críticas sobre Updike (unido a Norman Mailer) y su misoginia. En una entrevista se “defendió” de esto, *huyendo por el lado artístico*:

“Cuando aparecieron las críticas, me sentí muy sorprendido. Uno de los aspectos más divertidos de mi último libro ha sido justamente escribir desde el punto de vista de dos mujeres. A mis críticas feministas les digo: ‘no sean tontas’. Amo y conozco a las mujeres. Pero no puedo contentarlas a todas, me dije, porque en definitiva soy un hombre y como tal ‘estúpido’”²⁹, agregando:

“La cuestión feminista termina por inhibir a un escritor de ficción como yo, que teme dar pasos políticamente incorrectos. Pero por fortuna la ortodoxia feminista que tuvo su apogeo hacia fines de los años setenta está en crisis y hoy hasta la ciencia nos dice que hombres y mujeres son distintas ediciones del mismo libro y que la biología, la naturaleza y el destino de los dos sexos son distintos”³⁰. Está claro que esta “vía de escape” -y el alivio ante el languidecimiento las últimas décadas de las teorías feministas- no logra que Updike pueda escapar al merecido epíteto de machista.

Como ya dijimos, pasada la radicalización de los '70, Updike pudo ser –como lo señaló un crítico- un “aguijón”, aunque sin veneno letal, para la que fueron (y son aún) la cultura y las costumbres de las clases medias. Sus críticas e ironías a la clase media se combinaban con sus propios elementos conservadores de WASP –incluyendo la misoginia-... y al mismo tiempo, defendió, ciertos derechos democráticos, como el aborto. Otro ejemplo de sus contradictorias posiciones (o intentos de cambio) los tenemos cuando recordamos que Updike apoyó en su momento al gobierno de Johnson en la guerra contra Vietnam, pero que los últimos años se despachó contra el de George Bush.

Se le preguntó acerca de la política del gobierno republicano pos 11-S. Esto dijo sobre si “la administración Bush está orientando el país hacia el puritanismo tan denunciado en sus libros”:

“-Está en desarrollo un intento para retrotraernos varias décadas. Bush se equivoca sobre todo cuando quiere criminalizar el aborto, ya que la mayoría del país no quiere retrasar las agujas del reloj

-¿George W. Bush hace bien o mal en citar a continuación a Dios y el Antiguo Testamento?

-Dios siempre ha estado presente en la política norteamericana y los electores exigen celo religioso de sus líderes. De hecho es imposible encontrar un presidente del siglo XX que no sea observante. Hasta Clinton era creyente e iba a misa todos los domingos. Bush tiene un motivo verdadero y auténtico para comportarse como lo hace: era alcohólico y Dios lo salvó, restituyéndole la vida. El actual presidente se ganó, en suma, el derecho a hablar de Dios. El verdadero peligro consiste en que se considera un cruzado y las cruzadas pueden provocar grandes daños, como demuestra la aventura de Irak”³¹.

Al parecer, aunque Updike trató de ubicarse “sólo” como “un escritor”, como un artista que crea, los avatares de la historia lo llevaron a tener que ubicarse para seguir la vida y la cultura norteamericanas; en

²⁹ Ídem. 25.

³⁰ Ídem. 25.

³¹ Ídem. 25.

este sentido, y pese a las merecidas objeciones que se le han hecho, hay que admitir que fue un gran artista y cronista de amplia imaginación³².

Tras su muerte, un suplemento publicó este breve texto suyo con el nombre de “Credo”:

“Desde un principio me harté de lo falso, lo automático. Traté de no forzar mi sentido de la vida para transformarlo en algo de muchas capas y ambiguo mientras tenía en mente cierta sensación de transacción, de regateo entre el lector ideal y yo. La ferocidad doméstica de la clase media, el sexo y la muerte como enigmas para el animal pensante, la existencia social como sacrificio, los placeres y recompensas inesperados, la corrupción como una suerte de evolución... son algunos de los temas que he tratado de objetivar en forma narrativa. Mi trabajo es meditación, no pontificación. No pienso mis libros como sermones o estrategias para una guerra de ideas, sino como objetos de diferentes formas y texturas y dotados del misterio de todo lo que existe. La primera idea que tuve sobre el arte, cuando era niño, fue que el artista traía al mundo algo que no existía antes, y que lo hacía sin destruir nada a cambio. Una especie de refutación de la conservación de la materia. Esa me sigue pareciendo su magia central, su núcleo de alegría”³³.

Viendo un programa de TV, donde aparecen viejos soldados de la guerra civil, nordistas y sudistas, que ahora rengueando van a abrazarse todos, “convertidos en viejos compinches”, Updike hace decir a Alfred: “El tiempo pasa, todos somos historia, ¿no? Y si queréis sentirnos realmente mal (...), pensad en el tiempo que seguirá transcurriendo después de que estéis muertos. Después de que *estemos* muertos, diría yo”³⁴. Sin embargo, Updike, ahora que *ya está muerto* —y con todas sus contradictorias características—, no tendría de qué lamentarse: porque nos ha dejado un laborioso trabajo de décadas, que compilan la historia (social, económica, política e íntima) de la sociedad norteamericana. Trabajo que queda, entonces, como *parte de la historia*.

³² El escritor inglés Ian McEwan escribió recientemente: “En su escritura estuvo, desde el principio, esa elogiada o criticada capacidad de ofrecer descripciones minuciosas, clínicas, dolorosas y cómicamente sinceras, llenas de intensidad visual, de hombres y mujeres haciendo el amor. Por pasajera o desastrosa que sea la relación, siempre rondan las sombras metafísicas, siempre interviene la misma seriedad. ‘La naturaleza nos tienta con el sexo para hacer que sigamos caminando hacia el abismo’, reflexiona Piet en *Parejas*. Cuando hace el amor en el exterior con Georgene (...), le preocupa que ‘está bajo la mirada de Dios’. Esa mirada registradora e implacable hizo que Updike fuera impopular entre algunas lectoras, sobre todo en los primeros años de la Teoría, cuando estaba de moda hablar de la ‘mirada masculina’. Piet advierte en la desnudez de Foxy ‘la carne de gallina y la aspereza de sus nalgas, el desagradable gris de sus axilas afeitadas...’ Pero en Updike, como en la vida, los cuerpos son pocas veces perfectos, a diferencia del cine; es realismo de ficción, y la carne de gallina no impide el placer trascendental de los amantes” (“El largo adiós a John Updike”, revista *Ñ*, 18/4/09).

³³ Suplemento “Radar” (diario *Página/12*, 1/2/09).

³⁴ P. 13, resaltado en el original.